

LA MUERTE NUNCA PIERDE AL AJEDREZ

Orihuela, año de gracia de 1275.

Orihuela amanecía bautizada por los primeros rayos de sol que se filtraban perpendicularmente por las grietas de las paredes de la casa de Yheuda ben Moshe, próxima a la iglesia del Salvador y Santa María. Coincidiendo con el tañido de las campanas llamando a laudes, retiró la tela encerada que cubría el ventanal y echó un vistazo a la calle. Afuera la primavera se había asentado en la villa, haciendo aflorar la ribera del río Thader, que abastecía tanto a las casas como al castillo del rey, un monarca que, como bien sabía por ser su físico personal, detestaba la impuntualidad.

Tras ponerse saya, manto, toga y bonete de terciopelo, apuró una escudilla de mijo cocido con un vaso de vino con cardamomo y se dirigió al castillo, cruzándose con varios campesinos que lo saludaron con un afecto que el judío se había ganado gracias a los bálsamos con el que había curado a tanta gente, desde monjes y menestrales a las esposas de nobles que acudían a él con manto, burial y toca baja con barboquejo.

—*Pax vobiscum*, maese Moshe.

Respondiendo a cada salutación con una sonrisa bordeó las murallas hacia el monte de San Felipe, perfilándose en el horizonte las casas del antiguo arrabal de San Agustín, hasta llegar al arco que conectaba una amplia zona de naranjos, albercas y palmerales con el castillo, convertido durante aquellos días en el más importante centro de poder de la cristiandad por la presencia del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Al poco llegó a la fortaleza y se dirigió al patio de armas donde, bajo un pórtico de arcos festoneados y alhanías, lo esperaba García Fernández de Villamayor.

—Llegáis tarde —dijo nada más verlo el *maiordomus curie regis*, responsable de la casa y administración del tesoro real.

—¿Cómo se ha levantado hoy el rey? —preguntó Ben Moshe, ignorando la queja.

Comenzaron a pasear por el jardín mientras, de fondo, el olor a conejo en escabeche procedente de las cocinas iba impregnando el ambiente.

—Acabo de dejarlo en el refectorio frente a ese dichoso tablero, jugando con...—el *maiordomus* no pudo evitar santiguarse antes de concluir la frase— con su padre.

Ben Moshe suspiró profundamente. Llevaba más de quince años al servicio del rey y si por algo se caracterizaba Alfonso, a pesar de su avanzada edad, era por su carácter fuerte y decidido, pero de un tiempo a esta parte el monarca mostraba signos de sufrir el mal de melancolía, un estado demencial que se había manifestado a través de

inquietantes visiones. Y es que, según le había confesado él mismo, en los últimos meses al rey se le estaba apareciendo su padre don Fernando, muerto hacía veintitrés años.

—¿Malas nuevas para el reino? —. Desde la aparición de los primeros síntomas de la enfermedad el físico había empleado toda su sabiduría pero ni las curas de azucena, flor de lis, tilo de arroyuelo, baba de caracol ni las fórmulas recogidas en *De aegritudinum curatione* habían servido para aliviar al rey las cicatrices del alma, lo que le había llevado a concluir que la esencia del problema de Alfonso residía en el peso de la corona.

—Solo Sevilla, Murcia y Badajoz permanecen fieles—respondió Villamayor, seco.

—¿Tan grave es?

—La situación es tan desesperada que muchos nobles reclaman al rey un acuerdo con nuestros viejos enemigos benimerines —Villamayor alzó la vista y se quedó mirando la entrada al refectorio, donde le pareció escuchar la voz trémula de Alfonso X hablando solo — ¿Creéis acaso que le ronda la sombra de la muerte?

—Mi saber no alcanza el mal de espíritu, pero en lo que se refiere al cuerpo os aseguro que el rey es un hombre fuerte, a pesar de todo.

—¿Pero lo veis con fuerzas para afrontar este nuevo peligro para el reino?

—Así lo preparó su augusto padre y muestras siempre ha dado de ello —confirmó el físico al tiempo que señalaba a las casas que se diseminaban a los pies del castillo—. Esta villa de Orihuela es la mejor demostración.

A pesar de las palabras, el gesto de preocupación de Ben Moshe no logró apaciguar al *maior domus*. En medio de un tenso silencio, ambos siguieron paseando hasta que Villamayor no pudo reprimir una pregunta.

—¿Y ahora, qué?

—Ahora...—bisbiseó Ben Moshe, encogiéndose de hombros—. Ahora toca rezar

Refectorio del castillo de Orihuela.

Sentado en un escabel, Alfonso X miraba fijamente el tablero del juego de *axedrez* en el que había dispuesto los trebejos en los escaques de la forma que él mismo recogió en el libro *Juegos diversos de Axedrez, Dados y Tablas*. Con los rayos de sol iluminando oblicuamente las paredes desnudas del refectorio, había colocado en primera línea los peones, mientras que en la fila de atrás se encontraban los roques, el alferza, el rey, flanqueado por los obispos y dos figuras de caballos. Frente a él, allí donde unos espejos de metal bruñido hacían reverberar la luz solar, pequeños destellos de colores dibujaban

en el asiento una silueta informe pero que en la mente melancólica de Alfonso X tomaba la apariencia aurea de su padre Fernando, envuelto en un aura crepuscular.

—¿Dispuesto a jugar, padre?—preguntó Alfonso.

Mientras se pasaba los dedos de la mano por la comisura de los labios, el rey se volvió a preguntar si no se había vuelto loco. Siempre se había considerado un hombre gobernado por la razón, el *episteme* y la *sophia*, por eso no lograba entender por qué, treinta años después de la muerte de su padre, la imagen de Fernando III se le aparecía con frecuencia, algo que Ben Moshe había diagnosticado como "sueño onírico", si bien la aparición espectral de su padre arrebuñado en un haz luminoso nada tenía de sueño, —por Dios que se sabía despierto, los dolores de la vejez así lo atestiguaban—, y sí mucho de irreal, tanto como para temer haber perdido la cabeza, o peor aún, que los demás pensaran que la había perdido. Ofuscado por tal pensamiento, reprimió un grito al imaginar la cara de horror de Villamayor o del personal de servicio si entraran ahora en el refectorio y vieran a dos reyes sentados uno frente a otro. Eso si es que fueran capaces de poder ver a don Fernando, hecho que parecía reservado a Alfonso X.

—Os veo apesadumbrado, hijo mío —la voz de Fernando III sonaba como un eco lejano, frío y distante—. ¿Qué os aflige?

Bajo la atenta mirada del espectro, Alfonso tomó uno de los peones y se quedó mirándolo, como si en sus estilizadas formas buscara la repuesta a sus problemas.

—Sancho se ha rebelado contra mí —dijo al cabo.

Alfonso no pudo evitar un escalofrío al recordar el día que su primogénito, don Fernando de la Cerda, murió repeliendo una invasión norteafricana, abriendo así un agrio conflicto sucesorio. De acuerdo con el derecho consuetudinario castellano, los derechos de sucesión debían recaer en su otro hijo, Sancho, pero el derecho romano introducido en Las Siete Partidas establecía que la sucesión correspondía a los hijos de Fernando de la Cerda, provocándose así un conflicto dinástico entre Alfonso, Sancho, la reina Violante y Felipe III de Francia que concluyó con el infante incitando una revuelta contra su padre cuando este pretendió crear un reino en Jaén para la saga de los De la Cerda.

—Luchar contra un hijo es lo peor para un padre —sentenció Fernando—, pero resulta un deber para un rey.

Alfonso enarcó las cejas a la vez que asentía lentamente con la cabeza.

—Un hijo a cambio de mantener la corona —concluyó el rey con tono sombrío—, por Dios que el precio es elevado.

Al ver cómo se le iban vidriando los ojos, la imagen etérea del rey Fernando brilló intensamente, irradiando una extraña sensación de paz que alcanzó a Alfonso.

—Venga —dijo Fernando—, jugar aplacará los ánimos, que el *axedrez* ofrece al hombre un entretenimiento cuando las preocupaciones y dolores amenazan su equilibrio.

Asintió Alfonso con una mueca mientras movía el peón situado frente al rey, pensando que quizás no fuera tan malo que el fantasma de uno de los más importantes reyes de la historia de Castilla se le hiciera presente.

—¿Sabéis qué es lo que más fascinante del *axedrez*, hijo mío?

—¿Qué, que me ganáis siempre?

—Aparte, pero sobre todo lo que representa—Los ojos brillantes de Fernando se mantenían fijos en el tablero. Los peones se disponían a la vanguardia, los roques custodiaban al alferza y al rey y los caballos parecían abalanzarse contra el enemigo—. Observad como cada pieza se asimila a las edades del hombre: el peón simboliza la infancia, pues es el más indefenso, mientras el alferza y el caballo demuestran la insolencia propia de la adolescencia; por otro lado, la torre posee una fuerza juvenil, al tiempo que el rey representa la madurez y la sabiduría. Aunque lo realmente interesante es el juego en sí, la necesidad de tomar decisiones que determinen nuestro destino.

Amagó una risa amarga Alfonso X al escuchar la palabra *destino*.

—¿Y sabe mi rey cuál es nuestro destino que no sea la muerte? No en vano vos ya habéis superado ese umbral.

La pregunta de Alfonso hizo que se intensificara el enigmático fogonazo de luz.

—Todo hombre ha de morir, bien es cierto —respondió el espectro—, aunque tengo para mí que esa no es la cuestión.

—¿Es que acaso la muerte como destino último no ha de desazonarme cuando ya me encuentro a las puertas de su abrazo?

La silueta etérea de Fernando III pareció suspenderse en el aire. A su espalda, el sol de mediodía comenzaba a teñir de mil colores los arrayanes que rodeaban la alberca.

—Lo que realmente nos debe inquietar no es la muerte en sí, pues creemos en Dios, sino la respuesta que nos demos cuando, justo antes del último aliento, nos preguntemos cómo hemos vivido —Antes de continuar, el rey exhaló un soplo de aire y movió un peón, dejando espacio para un inminente ataque con el caballo—. Ahora me gustaría que os preguntarais qué habéis hecho con vuestra vida, que no es otra cosa que

vuestro mayor tesoro: ¿os habéis limitado a transitar por este mundo a pesar de la certeza de saber que cada segundo jamás habría de volver o acaso habéis sabido desgranar cada instante de la mejor manera para que el remordimiento jamás pueda tener hueco en vuestra sepultura? Al fin y al cabo —concluyó el rey antes de expeler su hálito sobre Alfonso —, la muerte nunca pierde al ajedrez.

Un aliento espectral aunque cálido acarició el rostro del rey Alfonso, otorgándole la lucidez de un pensamiento que poco a poco fue calando en su alma: <<morir solo puede significar haber vivido>>. Y a fe suya que lo había hecho, se dijo, porque Alfonso X, hijo de Fernando III, rey por la gracia de Dios, querido por unos, odiado por otros y respetado por todos, con más batallas ganadas que perdidas, tanto vino azumbrado como agua tenía el mar y más mujeres amadas que naranjos tenía Sevilla, supo que, llegado el momento, sabría enfrentarse a su destino tal y como había afrontado la vida: derecho, con andar arrufaldado y zambo. Y cuando la Muerte, como amante celosa que era, viniera a su encuentro, él, que nunca había sabido vivir sin disfrutar de unos labios, se pondría frente a ella, cara a cara, decidido a no desperdiciar la ocasión de ver qué tal besaba.

Con fuerzas renovadas, Alfonso se levantó de un salto del escabel y, sintiendo cómo la silueta de su padre comenzaba a desvanecerse a su espalda, salió al patio en busca del *maior domus*, que permanecía al lado de Ben Moshe en silenciosa compañía.

—¡Don García! —Al escuchar la voz inesperadamente recia del rey, los hombres se sobresaltaron al percibir en el tono del monarca una decisión como hacía meses que no lo escuchaba—. ¡Convocad de inmediato a los nobles y decidles que el rey ordena que acudan prestos a las armas, pues en nuestro destino está la reconquista de un reino!

Iba a decir algo Fernández de Villamayor cuando al girarse el rey de regreso al refectorio la luz del sol reverberó un instante sobre el metal bruñido de su corona, dibujando en el suelo una penumbra informe que al alargarse desde los reales pies hasta la pared fue tomando la inquietante forma de dos sombras, una al lado de la otra, que le cortó el aliento.

—¿Es...estáis viendo lo mismo que yo? —preguntó a Ben Moshe con voz temblorosa mientras señalaba las dos sinuosas sombras adheridas a la espalda del rey.

Con la razón colapsada por la evidencia, el físico comenzó a balbucear palabras ininteligibles, dudando de si su mente era la responsable de difuminar ante sus ojos la fina línea entre la cordura y la imaginación. Al cabo, sintiéndose definitivamente incapaz de distinguir si lo que estaba presenciando era real o no, optó por encogerse hombros y aceptar que, a pesar de su natural negativa a lo inexplicable, la inconfundible sombra del rey Fernando iba deslizándose por la pared acompañando a la de su hijo.